

cer que el estilo de los Evangelistas es rápido y conciso, y que en varias ocasiones omiten muchas circunstancias, la cronología, el cuándo y el cómo de los sucesos que refieren. En el asunto presente vemos que san Mateo y san Márcos refieren en un breve capítulo los sucesos ocurridos en los cuarenta días que pasaron desde la resurrección de Jesucristo hasta su gloriosa ascensión á los cielos. Unos han consignado en su historia varios hechos que omiten otros, ó no hicieron mas que indicarlos; y ninguno hay que no pueda fácilmente convencerse de esta verdad por la simple lectura del Evangelio; y sin distraernos de nuestro propósito por la narración de las diferentes apariciones del Señor á sus discípulos, en este tiempo intermedio entre su resurrección y ascensión á los cielos; por lo que seguiremos el órden que parece mas verisímil, atendida la verdad de los hechos que los Evangelistas refieren.

A la tarde ó al anochecer de aquel mismo día, el primero de la semana, estando los discípulos congregados y las puertas cerradas por temor de los judíos, apenas los que llegaron de Emmaus acababan de referir á los demás lo que les habia sucedido, inmediatamente vino Jesús, se les apareció, se puso en medio de ellos y díjoles: La paz sea con vosotros, yo soy, no temais. Empero ellos sobrecogidos de terror y espanto imaginaban ver un espíritu ó fantasma. Esta fué la vez primera en que juntos los apóstoles, menos Tomás, vieron al Salvador resucitado. Si se examina bien su situación, no hay duda que era muy triste. Conociáanse culpables á los ojos de Cristo porque lo habian abandonado, y el pueblo fanatizado por los escribas los tenia por sospechosos de sedición. Mantenianse por tanto ocultos después del suplicio vergonzoso del Maestro, y no se dejaban ver juntos como antes solian, porque creían no podían hacerlo impunemente; por cuya razon estaban encerrados con toda diligencia y precaucion. Jesús, para darse á conocer á sus discípulos y convencerlos de que su cuerpo estaba dotado de todas las cualidades de un cuerpo glorioso, habiendo penetrado las puertas sin abrirlas, se halló repentinamente y de improviso en medio de ellos. Así es, dice san Agustín [1], que el que nació al mundo dejando á

[1] Div. August. in cap. 20. Joann. Tract. 121, num. 4.

CAPITULO XXVIII.

EN EL MISMO DIA DE SU TRIUNFANTE RESURRECCION APARECE EL SALVADOR A SUS APÓSTOLES DESPUES DE ANOCHECIDO ESTANDO ENCERRADOS EN EL CENACULO, FALTANDO EMPERO TOMAS: OPERACION QUE REPITE OCHO DIAS DESPUES EN EL MISMO PARAGE CERRADAS TAMBIEN LAS PUERTAS, ESTANDO A LA VEZ TOMAS CON ELLÓS.

De alguna cuantía y bulto parecen á algunos escritores mas tímidos que prudentes y reflexivos, las dificultades que surgen de la simple lectura de las últimas cláusulas de los Evangelistas, después de la resurrección de Jesús; pues creen que envuelve una contradicción que san Mateo nos diga que apareció á los once discípulos en el monte para donde los habia convocado, sin referirnos la aparición del castillo ó aldea de Emmaus que nos cuenta san Lúcas; y que este omita la que nos dice san Juan, tuvo lugar en el mismo día y entrada ya la noche, estando encerrados los mas de los apóstoles en el cenáculo, pasando en silencio los otros Evangelistas esta tan notable y remarcada por todas sus circunstancias; pero para zanjarlas, esclarecerlas y salir de todas ellas de una vez, es preciso cono-

su Madre virgen y saliendo del sepulcro, no halló estorbo en la losa que lo cerraba, así pudo entrar en aquel aposento sin abrir las puertas. Llevado en alas del amor, llegó á la presencia de los apóstoles para sanarlos de la incredulidad y sacarlos del atoladero en que se hallaban, fluctuando entre la esperanza y el temor, entre la turbacion y el gozo, entre la zozobra y la paz. Para quitarles toda la turbacion, les da la paz y se la inspira, porque su voluntad es omnipotente. No les da la paz engañosa del mundo, sino la paz del cielo, que es el primer don del Espíritu Santo y el primer fruto de la resurreccion de Cristo; y cuando les considera bastante fortalecidos, se empeña mas en quitarles todo motivo de duda ó recelo.

¿Cuál es la causa de vuestra turbacion? les pregunta, como si la ignorase. ¿De dónde nacen estos pensamientos que agitan vuestros corazones? Mirad mis manos, mis piés y mi costado, y no os quedará la menor duda que yo mismo soy, el mismo con quien antes conversábais, el mismo que visteis morir en la cruz. Conservó el Señor las llagas para curar las que la incredulidad habia abierto en los pechos de los discípulos. Palpad y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo lo tengo. Es cierto que esta advertencia sosegó sus espíritus turbados; pero su alegría no era aun cumplida, porque su fe estaba imperfecta; su vista les causaba una profunda admiracion, sin atreverse casi á alegrarse, porque cuanto veían les parecia increíble. Les enseñó las manos como para incitarles á la pelea, y fué lo mismo que si les dijera: Ved las manos con las que peleé fielmente por vosotros; os las enseño para que sepáis que habeis de estar siempre prontos para guerrear, porque sin esto nunca sereis vencedores. Pelead pues varonilmente, porque solo el que pelear y venciere se sentará conmigo en mi trono. Les mostró el costado para provocarles á amar, como si les dijera: Ved el costado abierto, el corazón traspasado, para que conozcáis cuánto os amé, y cuanto en justa correspondencia debéis amarme. Y les enseñó los piés para enseñarlos á caminar por el camino de la virtud, para afirmarlos en la perseverancia, y para demostrarles que no habian de volver atrás en el que habian comenzado á andar.

Grande milagro era el de la resurreccion, pero no era pequeño el

de dejarse palpar y ver; porque el cuerpo de Jesús, inmortal é incorruptible, no podia verse ni palpase sin un milagro muy grande por los ojos y las manos corruptibles y mortales. Así pues dice san Gregorio [1]: Permitió que su cuerpo pudiera tocarse, para confirmarnos en la fe, y que pudiera verse, siendo incorruptible, para certificarnos en la esperanza del premio. Con esta prueba se enajenaron de gozo los discípulos, y como turbados y fuera de sí, como que no acabasen de creer lo mismo que veían; y entonces Jesús para convencerles mas y mas y llevarles hasta la evidencia, les dijo: ¿Teneis aquí algo que comer? y habiendo traído parte de un pez que estaba á la mano con un panal de miel, comió, no en la apariencia, sino real y verdaderamente; no obstante que por el estado en que ya estaba, no tenia necesidad de alimento, repartiendo después entre sus discípulos los residuos de la comida.

Para confirmarles en la fe que ya les habia inspirado, les dijo: Acordaos de las palabras que os hablé estando aun con vosotros, á saber: Que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que de mí están escritas en la ley de Moisés, y en los profetas y en los Salmos; porque después de la division que hizo Esdras de los libros sagrados, luego que regresaron los hijos de Israel de la cautividad de Babilonia, solamente los que se comprendian en esta division eran tenidos por canónicos en la Sinagoga, por cuya razon les habló el Señor en este sentido. Al mismo tiempo disipó á las tinieblas de sus entendimientos, y los ilustró para que comprendiesen el sentido verdadero de las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así fué necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercero dia, y que se predicase en su nombre penitencia y remision de los pecados, en todas, y á todas las gentes y naciones, comenzando desde Jerusalem.

La destemplada critica de algunos que todo lo satirizan, y de todo quieren sacar provecho para desacreditar la fe de los apóstoles, y la caritativa conducta de Jesús para con ellos y para con nosotros, ha llevado su audacia hasta criticar de excesiva la condescendencia del amantísimo Salvador; pero esto es porque sin duda no com-

[1] Div. Gregor. Hom. 26 in Evang.

prendieron que el Señor no trataba solamente de asegurar la fe de la resurrección en aquellos corazones, sino de disponerlos para que fuesen mártires de ella, y para hacer auténtica la de un misterio, sin la cual sería nuestra creencia vana, y engañosa nuestra esperanza. Con este fin, y con el de que se cumpliese lo que estaba dicho por Isaias [1], á saber: Que de Sion había de salir la ley, esto es, la predicación del Evangelio, y que la palabra de Dios también había de resonar majestuosamente en Jerusalem, les iba disponiendo para que conociendo bien toda la intensidad, dulzura y eficacia de la misma caridad que con ellos practicaba, se dispusieran para usarla ellos con los demás, á quienes prontamente los había de mandar.

Dióles en seguida otra vez la paz, y se la concedió como autor de ella, como á su repartidor y distribuidor; y repitiéndoles esta salutación, les aseguró con ella que perdonaba y olvidaba su falta de fe, preparándoles con esto para la misión con que les iba á honrar, asegurándole que irían tan autorizados á predicar el Evangelio, como él había venido al mundo para anunciarlo. *Como me envió mi Padre, les dijo, así también os envío yo.* Mi Padre me envió para enseñar la verdad á la Judea. Yo os envío para anunciarla á todo el mundo. Yo os constituyo mis vicarios y legados. Yo os doy mis vees, y os encargo este nuevo oficio de enseñar, de predicar, de bautizar, para que el nombre del Padre y el mío sean glorificados [2]. Porque os amo con aquella caridad con que mi Padre me ama, os envío como él me envió. Yo os envío para que seáis glorificados entre los escándalos de las persecuciones, como yo lo fui entre los oprobios de la pasión [3]. Pero como sabía su Majestad que para desempeñar debidamente este grandioso ministerio con que acababa de honrarles era necesaria la gracia del Espíritu Santo, los abrazó en confirmación de la paz que les había dado; y soplando sobre ellos, les dijo: *Recibid al Espíritu Santo; aquellos á quienes perdonareis los pecados, perdonen los sus; y aquellos á quienes los retuviéreis, retenidos les son.* Cuyas palabras unidas á las

[1] Isaias. cap. 2. v. 3.

[2] Div. Crisostom. Hom. 85 in Joann.

[3] Div. Gregor. Hom. 26 in E. angel.

antecedentes, son la completa autorización para el desempeño de la misión que les había dado, pues equivale á decir: Cuando perdonéis las culpas de aquellos que juzgéis dignos de absolución, ó cuando retuviéreis las de aquellos que os parecieren indignos de ella, lo ejecutaréis como vice-gerentes del soberano Juez, que confirmará vuestra sentencia, y ratificará en el cielo todo lo que vosotros obráreis en la tierra. La Iglesia enseña que estas palabras encierran la potestad de perdonar los pecados por medio del bautismo y la penitencia. ¡Oh altísima dignidad la del que recibe el Espíritu Santo para comunicarle á los miembros de Cristo! Sobre lo que es digno de oírse san Agustín [1]: Para demostrar con mayor claridad que se perdonaban los pecados por la virtud del Espíritu Santo que comunicó á sus fieles, y no por los méritos de los hombres, en seguida añadió: Si á alguno los perdonáseis, *se les perdonan*; esto es, el Espíritu los perdona, no vosotros; porque el Espíritu es Dios, y Dios es el que perdona, no vosotros. El ministerio es vuestro, pero no la autoridad; esta es de Dios. Y Dios que habita en su templo, en el corazón de los fieles santos, perdona por ellos los pecados en su Iglesia, porque ellos son templos vivos.

A todo esto no estuvo presente Tomás, que se llamaba *Didymo*, y no hubo forma de que quisiese creer que Jesús había resucitado, por más que los otros discípulos le asegurasen que lo habían visto, y que estaban muy ciertos de su resurrección. Contáronle todas las circunstancias de su aparición y de la conversación que con él habían tenido; pero á ninguna prueba quiso rendirse, ni se doblegó la incredulidad de que estaba lleno su pecho; y por toda respuesta dijo á sus compañeros: Si no veo las aberturas que los clavos hicieron en sus manos y piés, si no meto el dedo en ellas y en la llaga de su costado, no creeré lo que me referís. Tomás nos enseña cuán temible es la pérdida de las gracias que promete Dios á los que viven unidos por la caridad como miembros de la misteriosa Cabeza á que deben permanecer unidos; cuán poderosa es la fuerza de la oración común, y cuán influyente es la gracia del buen ejemplo.

[1] Div. August. Hom. 23 lib. 50 Homiliar.

Fuera de la Iglesia no se halla el conocimiento de la fe ni la práctica saludable de las verdades. El principio de toda la resistencia de este apóstol fué, el no hallarse en compañía de los demás cuando se presentó el Salvador y colocado en medio de ellos les dió la paz. Hallóse con ellos al tiempo del escándalo, esto es, al tiempo de prenderle y cuando todos le abandonaron, y no se halló cuando vino á confirmarlos en la fe y darles la gracia. Participó del daño de la huida, y no del provecho de la venida: este era su mal. Por esto queria dar la ley al Maestro y ligar su fe á una condicion que no le era permitido elegir, en desprecio de la autoridad de aquel, y de los apóstoles á quienes habia ya autorizado para que revelasen tan importante misterio. Esta obstinacion era digna al parecer de un severo castigo; pero el Señor, que discierne la disposicion de los corazones, y tiene bien pesadas y conocidas todas sus tendencias, no se ofendió de la libertad de su apóstol, tanto que lo abandonase á su ceguedad; antes al contrario, la permitió para arrancar de los corazones de los demás la semilla de la incredulidad.

A este fin ocho dias después, hallándose otra vez reunidos todos los apóstoles, y Tomás con ellos, y estando tambien las puertas cerradas, se presenta de nuevo el Salvador; y colocándose en medio de ellos como antes lo hizo, les repite su primera y favorita salutacion: *La paz sea con vosotros*. Muy frecuentemente anunciaba Jesús la paz á sus discípulos, y la aconsejaba y mandaba, porque sin ella es absolutamente imposible servir y agradar á Dios, que solo habita en los corazones que aman la concordia y la paz; pues el lugar de su descanso es el lugar de la paz. Vino al mundo para traernos la paz, y salió de él dejándonos la paz. Conversando con los hombres les predicó constantemente la paz, y les enseñó que toda la perfeccion de la vida cristiana y religiosa consiste en la caridad y la paz. Con grande diligencia pues debemos buscarla, y con grandísimo cuidado conservarla. Con este objeto nos dice el Nazarenense [1]: Avergónceámonos de menospreciar el encargo de la paz, que al tiempo de marcharse del mundo Jesucristo nos dejó.

[1] Div. Gregor. Nazianzen. Orat. de Pace.

La paz es un buen encargo á todos, y buscado y codiciado de pocos. ¿Y por qué causa? Por la ambicion del mando, por el amor á las riquezas, por la preferencia en la opinion, por la mala voluntad, por el odio, por el desprecio ó por cualquiera de aquellas cosas en que incurren con mucha frecuencia los que viven olvidados de Dios.

En seguida se encaró Jesús con su apóstol, y mostrándole las manos traspasadas y el costado abierto, le dijo con benignidad: Acércate á tu Maestro, mete aquí tu dedo, examina estas llagas, sondea después la del costado, y no seas ya mas tiempo incrédulo, sino fiel. Una tan grande condescendencia de parte de Jesús, debió ser para su discípulo una reprension bien sensible y una correccion severa. Con dificultad podrá creerse que tuviese Tomás el atrevimiento de usar de la libertad que su Maestro le daba; y si acaso lo ejecutó, no pudo ser sino por obediencia, para darnos esta prueba invencible de su resurreccion; pues sin duda que ya el apóstol estaba confuso, penitente y persuadido. La vista de Jesús, el tono imponente de su voz, la consideracion de sus heridas, el conocimiento que manifestaba del fondo de sus corazones, eran motivos muy eficaces para vencer la resistencia, y mayormente en el corazon de un apóstol que nada deseaba mas que ser convencido. Tomás no pudo dejar de ser perfectamente iluminado á vista de aquel Océano insondable de caridad y de luz, y prorumpir en una confesion de fe la mas sincera y perfecta, aunque algo tardía: *Señor mio y Dios mio*, exclamó al instante. Ved ahí al incrédulo hecho fiel, á la caña quebradiza y quebrada trocada en columna de bronce. Solo Cristo pudo convertir el escándalo de este discípulo, en prueba victoriosa de su divinidad. Veía y tocaba al hombre, y confesaba á Dios, dice san Agustin [1], al cual ni veía ni tocaba; mas por esto que veía y tocaba, creía lo otro sin duda alguna. Y san Gregorio añade [2]: El que considerando al verdadero hombre exclamó: Que era verdadero Dios, al qual no poua ver, no hay la menor duda que mirando creyó, y creyendo arrancó la duda de

[1] Div. August. in cap. XXI. Joann. Tract. 122, num. 4.

[2] Div. Gregor. lib. 2.º Homiliar. Hom. 26.

nuestro corazón. No la debió á la carne ni á la sangre, sino al Padre celestial, dador del conocimiento y del amor al Hijo.

Jesús empero que esto conocia mucho mejor que su discípulo, si bien aceptó su franca y pública confesion, manifestó el modo con que la aceptaba, cuanto mayor era y mas digna de elogio la conducta de los demás. *Porque me viste, Tomás, has creído: bien aventurados los que no vieron y creyeron.* Lo que fué decirle: ¿Qué fuera de tí, y qué hubieras hecho si yo te hubiera negado este testimonio sensible de mi resurreccion? Remisa fué tu fe, y diste mas crédito á tus sentidos que á mi palabra. No reprendo tu confesion, sino la tardanza de tu corazón. Bienaventurados aquellos que mas dóciles y sencillos que tú, borrarón con la prontitud de su fe el anterior abandono que de mí hicieron. Habia faltado Tomás ocho dias antes á la visita en que sus colegas recibieron de Jesús su mision, su potestad y poderes: es muy de presumir que el celosísimo Maestro se los conferiria en esta, puesto que como á los demás le dió tambien en esta la paz, y fué con él tan condescendiente y misericordioso, lo cual verificado, se les desapareció como acostumbraba.

No se hace aquí mencion de otros muchos prodigios que obró entonces el Señor en presencia de sus apóstoles, porque bastan los referidos para que crean todos los que leyeren este Evangelio, que Jesús es el Mesías ó Hijo de Dios, y creyendolo así, alcancen la vida eterna, que no puede obtenerse sino en su nombre y por sus infinitos merecimientos; por lo que decia san Juan [1]: Hijos míos, yo os escribo estas cosas á fin de que no pequeis; pero si por desgracia alguno pecare, no desespere, pues tenemos por abogado para con el Padre, á Jesucristo justo y santo; y él mismo es la victima de propiciacion por nuestros pecados que se ofreció en la cruz y se ofrece cada dia en el altar, y con la que se satisface y aplaca la justicia de Aquel; pues no solo se ofreció por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo, el cual ruega al Padre por todos los pecadores, representándole su obediencia y el género de muerte que sufrió.

[1] Div. Joan. Epist. 1.º cap. 2, vs. 1 et seqs.

para redimirlos y salvarlos á todos. Esto es sin duda lo que mucho tiempo antes habia anunciado Isaias [1], cuando dijo: Oh cielos, entonañ himnos, y tú, oh tierra, regocíjate: resonad, oh montes, en alabanzas, porque el Señor ha consolado á su pueblo y se apiadará de sus pobres. Así como la mujer no puede olvidarse de su niño ni dejar de tener compasion del hijo de sus entrañas, así tampoco nunca me olvidaré yo de tí. Mira cómo te llevo yo grabado en mis manos. ¿Ni cómo era posible que nos olvidase estando tan horriblemente llagado por redimirnos y salvarnos? Por esto concluye san Agustin [2]: Mira ahora al Señor, y contempla su grande y acostumbrada benignidad, su humildad, y su amor fervoroso: mira cómo enseña sus llagas á Tomás y á los demás discípulos para arrancar toda duda de sus corazones, por la suya y nuestra utilidad; está con ellos hablándoles del reino de Dios para que se consuelen, y para confirmarlos en la fe obra muchos milagros á su vista por espacio de cuarenta dias.

ORACION.

Oh Santísimo Señor Hijo de Dios Padre, que apareciste á tus discípulos una y otra vez estando cerradas las puertas y ellos unidos en uno; y que para sanar la duda de Tomás le enseñaste las heridas que los clavos y la lanza habian abierto en tus manos, pies y costado sacratísimo: ruegote que cierres las puertas de mis sentidos interiores y exteriores contra los peligros de las tentaciones con el santo temor tuyo; mortifica y destierra en ellos todos los males con el vínculo de la caridad encendida; alúmbralos con la luz de la fe para que merezca ser consolado con tu vista, y pueda hallar por tu misericordia la paz del corazón en la vida presente, y la perdurable y eterna en el siglo venidero, donde te alabe sin fin con todos los ángeles y santos. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo corresponde al XXIV de san Lucas, desde el versículo 36 al 47; y al XX de san Juan, desde el 19 hasta el 31, todos inclusive.

[1] Isaias. cap. 49, vs. 15 et seqs.

[2] Div. August. lib. 22 de Civit. Dei. cap.

La Iglesia usa del texto de san Lúcas para el Evangelio de la misa de la Feria III después de Pascua; y de el de san Juan para el de la misa de la Dominica In Albis; y para el día de santo Tomás apóstol á 21 de diciembre, desde el versículo 24 al 29; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE PASCUA.

San Lúcas, cap. XXIV, vs. 36 al 47.

En aquel tiempo se presentó Jesús en medio de sus discípulos y les dijo: La paz sea con vosotros, yo soy, no temais. Ellos empero atónitos y atemorizados pensaron ver un espíritu. Mas él les dijo: ¿De qué os turbais y dais entrada á tales pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis piés, que yo mismo soy. Palpad y ved que el espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo. Y dicho esto les mostró las manos y los piés. Mas no acabándolo aun ellos de creer de gozo y maravillados, les dijo: ¿Teneis algo de comer. Entonces ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido á presencia de ellos, tomando las sobras, se las repartió. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé estando aun con vosotros, que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos de mí. Entonceo les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercero día, y que en su nombre se predicase la penitencia y el perdon de los pecados por todas las naciones.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA *In Albis*.

San Juan, cap. XX, vs. 19 al 31.

En aquel tiempo, llegada la tarde de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y se puso en me-

dio, y les dijo: La paz sea con vosotros. Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y se alegraron los discípulos viendo al Señor. Y otra vez les dijo: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, así tambien os envío yo. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y aquellos á quienes los retuviéreis, retenidos les son. Pero Tomás, uno de los doce, que se llama Didymo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Y él les dijo: Como yo no vea en sus manos el agujero de los clavos, y meta mi dedo en el lugar de los clavos, y meta mi mano en su costado, no lo creeré. Y ocho dias después estaban otra vez dentro sus discípulos y Tomás con ellos. Vino Jesús estando cerradas las puertas, y puesto en medio, dijo: La paz sea con vosotros. Después dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío. Dijole Jesus: Porque me has visto, Tomás, *por eso* has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Otros muchos milagros obró tambien Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos han sido escritos para que creais que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengais vida en su nombre.